

con gloria. A pesar de su elocuencia, como en los incidentes de una guerra lo favorable y adverso frecuentemente suelen sucederse á intervalos, sin gran interrupción, sus enemigos aprovecharon un viaje adverso á Potidea de su escuadra para llevarlo á juicio, destituirlo de su poder y hasta despojarlo de su ciudadanía. A mayor abundamiento, la peste se desencadenó sobre Atenas, y dos de sus hijos murieron en ella. El día que puso la corona mortuoria sobre las heladas sienes del segundo se demayó y estuvo largo tiempo sin vida ni sentido. Atenas, muy mal gobernada por los rivales de Pericles y muy herida por las desgracias de éste, cediendo en parte á la propia piedad y en parte al público interés, le devolvió al cabo el gobierno. Afligido éste por la pérdida irreparable de los suyos, presentó una ley para declarar ciudadanos á los hijos engendrados en extranjera. Precisa comprender bien los matices de las leyes y de las costumbres atenienses, si hemos de cohonestar esta proposición del inmortal patricio con las aserciones anteriormente dichas respecto del estrecho y legítimo lazo que le unía con Aspasia. Era ésta su mujer, mas como nacida en Mileto, no tenía derecho, á causa de su extranjería, para dar ciudadanos á su Atenas. Los hijos de un ateniense y una extranjera quedaban extranjeros. No adole-

cían, pues, del carácter de bastardos, y las inferioridades á este carácter anejas tenían otra condición más extraña. Pericles quiso hacer ciudadanos á la generación habida en Aspasia, no solamente por el horror que todos los helenos tenían á ver su estirpe y raza extintas, por el deseo de, ampliando así la familia de los demás como la suya, repoblar el Ática, despoblada indudablemente á causa de la peste y destituida por el rigor legal de muchos ciudadanos útiles.

Pero nunca se conoció tanto lo que valía Pericles como después de su muerte. Los contemporáneos no fueron jamás justos con este hombre inmortal, cuya gloria crece con los siglos. En él concluye para Grecia la hora del cenit y suena la hora de una declinación que se acerca rápidamente hacia el ocaso. Atenas degeneró con gran facilidad en cuanto se viera falta de aquella dirección reflexiva y concienzuda. Cleón, sucesor de Pericles, representaba los excesos de la democracia, que tan caros cuestan á los pueblos libres y que tan profundamente llegan á quebrantar las repúblicas. Todas las supersticiones, por Pericles combatidas, renacieron tras su muerte, y todas las oligarquías, quebrantadas por aquel genio poderosísimo, se levantaron cuando faltó una mano firme que las sujetase y las rindiese. En cuanto á su mujer, Plutarco dice, con una

bien concisa brutalidad, que se casó en segundas y últimas nupcias con un carnicero. Algo hay de esto, y no puede, no, excusarse la debilidad en dar á un esposo altísimo un sucesor grosero. Muerto Pericles, ni Cleón ni el mismo Nicias acertaron á levantar Atenas. Si hubo un estadista y un general capaz de sucederle y de contrastar el destino que pesaba como una gran fatalidad sobre Atenas, fué indudablemente aquel incomparable Alcibiades, quien, á pesar de sus debilidades y hasta de sus traiciones, bajo una ligereza meramente superficial, guardaba condiciones de gran político y gran estrategia, único verdaderamente capaz de continuar las gloriosas tradiciones dejadas por Pericles. Él, cuando Esparta y Persia se ligaron á una contra la incomparable Atenas, y las escuadras del Peloponeso bloquearon al Pireo, y los descorazonamientos llegaron á sus últimos límites, él, generalísimo de los ejércitos atenienses, salvó la gran ciudad en medio de tantas alternativas como trajeron las fortunas y los reveses varios de tan diversos conflictos. Y aunque Aspasia no pudo ejercer en Alcibiades la influencia ejercida en Pericles, fué amiga suya toda la vida y le asistió con sus consejos, semejantes á verdaderas inspiraciones. Para comprender todo el valor de aquella extraordinaria sibila, no hay sino mirar á las amistades que contrajo y que guardó hasta su muerte.

Un alma vulgar ó pervertida hubiera cautivado cualquiera de aquellos hombres por el poder inmenso de sus gracias y por las fascinaciones á una tal belleza propias y naturalísimas; pero la mujer que ha pasado á los diálogos de Platón, que ha compartido vida y alma con Pericles, que ha sojuzgado la juventud tormentosa de Alcibiades, que ha ido al taller de Fidias, que ha puesto comentarios sapientísimos á las ideas de Xenofanes, que ha vertido de sus fluyentes labios elocuencia tan extraordinaria en aquel pueblo de oradores, que ha conversado con Sócrates, merece un lugar alto, muy alto, en los altares de la humana historia.

Lo cierto es que Atenas llegó á un esplendor no conocido jamás en el mundo. Bajo aquel cielo clarísimo, sobre aquella tierra semejante á fuerte y armonioso pedestal, veíase la más bella cristalización del pensamiento producida jamás por el doble impulso de los tiempos y de las ideas. El hermoso espacio en que por una parte brillaban las ondas del Egeo y por otra parte las cimas del Himeto; con las canteras del Pentélico y con los olivares de Colonna, ornado y henchido de la música, cuyas melodías acompañaban en sus tristezas á la infeliz Antígona, y de los zumbidos, cuyos rumores anunciaban mieles del Hibla recogidas en labios canoros como los del feliz Anacreonte; por las teorías ó pro-

cesiones cortado, que semejaban cintas y estelas del arte, ó por las ciencias esclarecido como por una lumbré, junto á la cual creeríais sombra la misma lumbré del sol; ofrecía tal base á los más bellos edificios y tal abrigo á las más inspiradas ideas, que deslumbradas inteligencias y vista hoy mismo, cuando todo hase reducido á escombros y los escombros á polvo, lo miran como el mayor y más hermoso templo del humano espíritu. Allá, en las aguas, aquellas trirremes doradas, sobre cuya popa suben al cielo en aromosas nubes los humos del sacrificio grato á los dioses, y aquí, en las orillas, aquellas escuelas sabias congregadas entre las ramas de los plátanos y el lino de los velámenes, exhalando conceptos cuyos condensados vapores forman y componen otras tantas almas parecidas á espirituales luminosísimas estrellas. Como los árboles, con su misma espontaneidad, se levantan del suelo columnas, que diríais con raíces profundamente arraigadas, según su incontrastable solidez y firmeza. Las volutas de sus chapiteles forman tales armonías con los plintos de su base y con las estrías de su fuste, que, al contemplarlas, por esas relaciones entre los ojos y los oídos, os parecerán una oda en piedra de Píndaro y Simónides. Sus combinaciones han compuesto esos Propileos que parecen un coro; ese Partenón per-

fectísimo, donde se juntan los cálculos geométricos y la inspiración estética, sin que la ciencia dañe al arte ni la medida y el orden á la espontaneidad; esa grande y fuerte Acrópolis de suyo semejante sobre Atenas al casco de una diosa; la Pinacoteca, en que buriles y pinceles han dejado á porfía esos cuadros y esas canéforas cuyas líneas componen el dechado acabadísimo de la forma y cuya serenidad revela cómo el alma y la naturaleza se habían compenetrado é indisolublemente unido en los senos de Grecia. Donde quiera que volváis los ojos y donde quiera que apliquéis el oído, la hermosura tranquila os absorbe y recrea. En la frente de una colina el templo y el túmulo en la base. Los mosaicos de piedras, que dicen preciosas, cubren aquellos suelos, y los mármoles y los alabastros más relucientes componen aquellos altares. La estatua diviniza el cuerpo humano y le devuelve una felicidad edénica, no gustada ni por los colosos ni por las esfinges orientales que parecen como enredadas en las raíces del inferior mundo animal y abrumadas por enorme pesadumbre. La cariátide aquí no es aquella leona descomunal ó aquel hipógrifo enorme de los templos asirios, sino la hermosa doncella sosteniendo cornisas y triángulos como pudiera sostener un ánfora llena con agua del Cefiso y un cernacho de higos. Aquí en la pales-

tra los jóvenes desnudos, caballeros sobre las cabalgaduras sin sillas ni bocados, recorren las designadas carreras en celosas competencias, y allí los atletas presentan actitudes escultóricas en gimnasios regidos por música y geometría. La grande agora, de arenas alfombrada y abierta de todo en todo al cielo azul y al aire libre, oye discursos como el discurso de Pericles por los muertos, discursos acabados, cual esos intercolumnios del Propileo y cual esas estatuas de líneas melódicas y de actitudes serenas. El hipódromo presenta estadios de competencias á los carros, y el semicírculo de los teatros estadios de competencias también á los trágicos. Como quiera que las representaciones dramáticas hayan brotado al amor del mosto, en las vendimias áticas, sobre las carretas cargadas de cubas y las cubas cargadas de racimos, entre los evoes inspirados por una especie de borrachera cuasi divina, ornadas con la hiedra y los pámpanos y los racimos de Baco, á este dios del tirso y del címbalo están consagrados los teatros, que llevan, como el de Atenas, su nombre, y ofrecen altares al dios de los cánticos voluptuosos y de los placeres desordenados. A un lado los farsantes ejercían la mímica indudablemente con arte sumo y actitudes cadenciosas. Los jóvenes danzaban el baile orgiástico; los dióscuros el pírrico, semejante á militar

esgrima; y hasta los sacerdotes creían agradar á los dioses con danzas litúrgicas. A todo esto se unían las procesiones exaltadas por alegres himnos de versos y melodías incomparables, compuestas de numerosísimos devotos, esclarecidas por antorchas bien olientes rociadas por aguas lustrales, ceñidas de laureles y flores, donde al són de los instrumentos más armoniosos componían compasadísimos y concertados movimientos en torno de la trípode santa, sobre que ardía el fuego sagrado, iluminando las innumerables libaciones compañeras de las religiosas plegarias. Serían de ver, á la cabeza de aquellas teorías ó procesiones, los cítéridos y los auletas entonando coros; tras éstos los vencedores en el hipódromo, primeros en tocar la meta sobre sus desnudos caballos; luego los sacerdotes, vestidos de blancas túnicas, alrededor de las hecatombes, y los caballeros con sus ofrendas en las manos; por último, las vírgenes coronadas por canastillos de flores, y los efebos cargados con obras de arte; al terminarse tanto cortejo la trirreme áurea, bajo el peplo riquísimo, con la imagen de Minerva, pasando ante la incomparable Acrópolis, entre los espléndidos Propileos, dentro del Partenón, cuyas columnas, mantenedoras del friso, donde se repetían en mármol de Paros por los buriles clásicos todas estas cere-

monias piadosas y que ostentaban escudos de oro, parecían cantar, uniendo los hexámetros de sus compasadas piedras y de sus admirables proporciones, el himno triunfal de todo un pueblo. Poned allí en todas estas maravillas los cuadros de Polignoto, las estatuas de Fidias, en las agoras discursos de Pericles, en los teatros perfectísimas tragedias de Sófocles, en los gimnasios atletas que han servido á los escultores de modelos, en los puertos naves dejando tras sí las estelas de una colonización maravillosa, so los plátanos las ideas de Anaxágoras y los diálogos de Sócrates, que ora descubren lo infinito al espíritu, ora llueven revelaciones divinas sobre la conciencia universal, y decidme qué pueblo ha llegado á estas grandezas y ha merecido tal divinización á la historia.

---

## LYSISTRATA

---

Hemos visto la mujer griega con Helena en la epopeya de los combates y con Penélope y Leucotea en la epopeya de los trabajos. La hemos visto con Ceres en el Olimpo y con Medea en el teatro. La dulce Antígona de Sófocles nos ha parecido la virgen aria por excelencia. Engendrada en las altas mesetas del Asia, crecida en las riberas del Indo, puesta sobre los altares de Grecia, llenando con sus tiernos suspiros desde los giros del aire hasta los susurros del follaje y del arroyo, coronada con las perlas del mar y con los rocíos del cielo, vestida de iris y alada como las mariposas, el trágico Sófocles nos ha presentado sus dolores y sus sacrificios morales en la más acabada y más perfecta entre todas sus obras. Así como Esquilo nos ofrece las tormentas, adonde la curiosidad íntima de saber y el logro de las invenciones conduce, pre-